

Hernán del Solar

■ CUANDO Hernán del Solar entró a mi oficina, por primera vez, creí que se trataba de un viejo lobo de mar. Caminaba con un pronunciado balanceo "de babor a estribor", como si no pudiera acostumbrarse a la tierra firme. Con el mentón hundido y apretando el cuello, donde mi imaginación ponía un suéter de cuello alto, comenzó a hablar con rumorosa voz de bajo profundo:

—Traigo mi "articulito" para el domingo. Me dijeron que hablara con usted.

Tomé las hojas que me tendió, miré abajo, en la última, y leí: "Hernán del Solar".

No lo conocía personalmente, pero había leído algunos de sus cuentos y gustaba seguir sus artículos en el diario, y así se lo dije. Sonrió y hablamos de otras cosas.

Trabajamos juntos tres o cuatro años. Llegaba con regularidad todas las semanas, para entregar "su articulito", y poco a poco las charlas nos fueron convirtiendo en amigos. Hablábamos de todo, especialmente de literatura, en la que siempre ha sido un maestro pero, de la literatura de los demás, nunca

de la suya. Jamás lo oí decir una palabra de sí mismo. A lo más que llegaba cuando yo empujaba la conversación hacia sus libros o sus cuentos era:

—Sí, tengo por ahí una que otra cosita.

Después, "cuando llegaron los moros y nos molieron a palos porque Dios protege a los malos cuando son más que los buenos", tuve que irme del diario en que trabajaba y dejé de verlo con asiduidad semanal. Pero cuando la casualidad nos junta en alguna esquina, echamos un parrafó, olvidados un poco del reloj y nos despedimos hasta otra ocasión.

Sigue con su costumbre de no hablar de él. Es un modesto congénito, sin alardes, y es más, le molestaba

la la farsantería. Un día me dijo:

—No sabe lo feliz que me siento. Acabo de leer un buen libro y he tenido que pedirlo para hacerle la crítica. Es una cosa que vale, y su autor me deja más satisfecho todavía. Ha escrito algo de valor y no me ha perseguido. No sabe lo que reconfortan esas cosas, especialmente cuando anda tanto jovencito por ahí que emborriona una carilla y, sin siquiera corregir los errores, sale a perseguirlo a uno para decirle: "Mire la obra maestra que acabo de producir..."

Una vez le pregunté por qué no se había presentado nunca a un concurso literario. Por toda respuesta se encogió de hombros y murmuró un ronco:

—¿Para qué...?

Lleva tan lejos su modestia que sus cuentos infantiles los firmó con seudónimos diversos "para no hacerme pesado", según su propia expresión..., y son obras maestras.

Por eso, ahora, al obtener el Premio Nacional de Literatura, la gente que lo ha leído y lo conoce ha dicho:

—Lo tiene bien ganado.

Hernán del Solar. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hernán del Solar. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile